

Una representación difícil

Algunas líneas para intentar entender lo que ocurre con la representación partidaria en Argentina.

Un tema recurrido....

Una gran cantidad de trabajos ha abordado la temática de la representación político-partidaria en Argentina y en el mundo en los años recientes. Podemos mencionar a Novaro (1994); Novaro (1995); Bernard Manin (1998), Przeworski (1997); Garretton (1998); Abal Medina (1998); Hagopian (2000), Novaro (2000); Peter Mair (2000);; Miranda (2002); Torre (2003); Cavarozzi (2002); Adrogué y Armesto (2001); Inés Pousadela (2004); Cheresky-Blanquer (2003); Cheresky-Blanquer (2004), Abal Medina (2004), entre otros. Esta enumeración, lejos de estar terminada, muestra la centralidad adquirida por la problemática en, al menos, los últimos diez años, y la diversidad de intentos y perspectivas desde las cuales se la intenta comprender. Pese a esto, el debate sigue abierto.

Este trabajo pretende aproximarse a la problemática, respondiendo tres grandes cuestiones. Primero, **¿Qué hechos han motivado esta preocupación por el tratamiento de la representación político-partidaria?** En segundo término, **¿Qué modalidad ha adquirido o esta adquiriendo el vínculo representativo a partir de los cambios ocurridos?** Por último, se intentará avanzar en las **causas** que, a nuestro entender, han generado o estarían generando los cambios en el vínculo representativo entre partidos y electores.

i) ¿Cuáles son las razones por las cuales la temática de la representación política ha merecido tanta atención?...

El retorno de la vida democrática en 1983 consagra el mecanismo electoral como medio exclusivo y aceptado por los actores principales para la selección de gobernantes y elección de políticas. En segundo lugar, muestra un escenario político-electoral con un formato bipartidista, donde el peronismo y el radicalismo son los actores centrales; se verifican altos índices de participación electoral y una importante adhesión de los votantes a los partidos políticos. Este panorama reactualiza la matriz sociopolítica vigente en Argentina desde mediados de los años 40, cuando el surgimiento del peronismo. Desde allí, coexisten dos grandes "familias" políticas: la peronista y la no peronista. Esta polarización electoral se corresponde a una segmentación social en la cual los estratos populares adhieren mayoritariamente al peronismo, en tanto las clases medias y altas se ubican en el polo opositor, donde el radicalismo principalmente y algunos partidos de centro derecha y centro izquierda receptan las preferencias electorales. Entre uno y otro sector se estableció una línea divisoria, "por debajo de ella, el voto mayoritariamente peronista; por encima, es, en general, un voto en favor de una variedad de partidos pero ninguno de ellos peronista". (Torre, 2003, 648).

Este cuadro inicial se va modificando en las sucesivas elecciones. Una serie de acontecimientos se producen en el comportamiento electoral y en las actitudes políticas de los ciudadanos que nos llevan a preguntarnos qué está ocurriendo con la representación partidaria. Entre los hechos más significativos podemos señalar: el incremento del desalineamientoⁱ y la volatilidad electoralⁱⁱ; una suba del voto en blanco y nulo; un aumento del ausentismo electoral; la emergencia de figuras extrapartidarias cuya popularidad fue conquistada fuera del accionar político, (Ortega, Scioli, Reuteman, Graciela Fernández Meijide, Blumberg, Campana, A M Heredia, Morandini,

las “vedettes”, etc.), entre otras. Además, también se verifican cambios en las percepciones respecto al proceso político, los actores y las instituciones de la democracia: creciente sensación de ineficacia respecto al proceso político; el descenso en los niveles de confianza en las instituciones políticas; el incremento del disconformismo hacia la democracia como sistema de gobierno, etc. Quizás el punto culmine de este proceso haya sido diciembre del 2001.

Estos fenómenos indican claramente que la naturaleza del vínculo representativo está sufriendo una sustantiva modificación. Más allá de las calificaciones con las cuales se intenta describir lo ocurrido y de las causas a las que se lo atribuye, es incontestable que “estamos presenciando un proceso de desarticulación de la matriz socio-política clásica (...) los ciudadanos que entran por primera vez desde la redemocratización en la arena política no se incorporan con éxito a las redes existentes o a otras nuevas, y quienes antaño estaban sujetos a redes estructuradas por los partidos políticos tradicionales o los sindicatos patrocinados por el Estado empiezan a apartarse de ellas”. (Hagopian, 2000, 267).

ii) ¿Qué modalidad está adoptando el vínculo representativo?

Es necesario aquí efectuar una distinción analítica. Por un lado, el aumento del porcentaje de ausentismo a las urnas (ver tabla 1), está indicando que una porción creciente de ciudadanos está abandonando (o descreyendo al menos) del sistema electoral como medio de elegir sus representantes y escoger políticas. Aquí es el propio sistema el que va perdiendo legitimidad y no uno u otro partido político. Podemos estar hablando en este caso, siguiendo a Pousadela (2004) de una crisis de representación, entendiendo por ello un “proceso que implica el cuestionamiento del lazo representativo en sí mismo, la búsqueda de alternativas a la relación existente entre representados y representantes, y la reformulación de las nociones compartidas en relación con las tareas que estos últimos deberían cumplir” (Pousadela, 2004, 7). Por otro lado, sin dejar de atender a lo anterior, nos interesa poner el énfasis en lo que está ocurriendo entre quienes permanecen dentro de las redes representativas y su relación con los partidos políticos. Podemos hablar aquí de una “metamorfosis de la representación” (Manin, 1998), donde se está abandonando el formato tradicional de la “democracia de partidos”, que predominó desde principios del siglo XX.

¿Qué nuevas características está adoptando el vínculo representativo?

- En primer lugar, se produce un debilitamiento de las lealtades partidarias y la conformación de un electorado más independiente, cuyas opciones electorales se tornan más volátiles y más circunstanciales (Ver tabla 2). Señala Bernard Manin que “los estudios electorales actuales resaltan cómo el comportamiento de los votantes varía según los términos de la opción electoral. (...) Esto sugiere que la decisión del voto depende de las percepciones que se tengan sobre lo que está en juego en cada elección, más que características socioeconómicas o culturales” (Manin, 1998, 271). En función de esto, adquiere mayor importancia la “oferta” electoral y, paralelamente, los canales de transmisión de esa oferta, los medios de comunicación, especialmente la televisión. “La forma de gobierno representativo que ahora está emergiendo se caracteriza por tener un nuevo protagonista en la discusión pública, el votante flotante, y un nuevo foro, los medios de comunicación” (Manin, 1998, 283)
- El debilitamiento de las identidades partidarias y la mayor fluctuación del voto afectan la estabilidad y el caudal del voto partidario. Esto ha generado un debilitamiento del bipartidismo. Si en 1983, el PJ y la UCR logran conjuntamente para presidente y diputados nacionales, con sus respectivos “sellos partidarios”, entre el 85% y el 90% de los votos, hacia el 2001 y 2003 (salvo para las presidenciales del 2003)ⁱⁱⁱ alcanzan

entre el 55% y el 60% de los votos. Ambos partidos conjuntamente pierden alrededor de 30 puntos porcentuales (Ver tabla 3)

- Esta pérdida de votos que experimentan los dos partidos mayoritarios afecta más al radicalismo que al peronismo. Este último no solo pierde menos votos con su boleta que la UCR, sino que también adopta algunas estrategias electorales (sumatoria, ley de lemas, etc.) que le permiten mantener su caudal electoral. "La pérdida progresiva de votos de la UCR contrasta con la mayor fidelidad del electorado del PJ. (...) Es allí donde está la fuente principal de la volatilidad del voto (...) Es allí donde está localizado, asimismo, el epicentro de la crisis de la representación partidaria" (Torre, 2003: 649-652) (Ver tabla 4).

- Por último, hay una tendencia hacia la personalización de la relación representativa. Se configuran nuevas formas de mediación donde comienzan a desempeñar un rol relevante la figura de los candidatos por sobre las estructuras partidarias. A juicio de Bernard Manin, "las personas parecen votar de modo distinto de una elección a otra dependiendo de la persona en particular que compita por su voto" (Manin, 1998: 267). Los partidos políticos, por su parte, "si bien son recursos ineludibles, se han visto relegados a un rol más instrumental" al servicio de un líder (Cheresky-Blanquer, 2003: 15).

En síntesis, una mayor volatilidad electoral, un declinante bipartidismo (aunque con menor efecto sobre el PJ), y una mayor incidencia de los candidatos sobre las estructuras partidarias son los rasgos que presenta la representación partidaria actual.

III) Como explicamos esto....

Conceptualizando...

La noción de representación se monta sobre una ficción: el intento de hacer presente en un lugar algo que, materialmente, de hecho, no lo está ni puede estarlo. "La noción de representación política consiste en sostener que alguien puede hacerme a mi presente en un lugar (el escenario, el gobierno) en el que yo no estoy". (Abal Medina, 2004, 40) (Ver también Pitkin, 1985 Novaro, 2000)

Se conjugan en la misma 5 elementos o partes: i) un representante; ii) una entidad a representar; iii) el sitio donde se representa; iv) una narración ficcional "que produce efectos reales considerables en el mantenimiento de las reglas y prácticas del juego político en donde opera" (Abal Medina, 2004, 44); v) por último, el vínculo representativo.

Permítaseme aquí introducir algunos conceptos que nos ayudarán a entender qué se representa, ante quien y como.

Por un lado, la noción de "ficción organizacional" (Abal Medina, 2004, 43). La pérdida de eficacia de las justificaciones teológicas como fundamento del orden y de la autoridad política a partir de la modernidad, hace necesario crear nuevas fuentes de legitimidad de las mismas. La representación política, desde Hobbes en adelante, asume esta tarea. Se basa para ello en la referencia a una Idea, un proyecto de mundo. "La persona representativa moderna (...) debe actuar en una época en que la esfera celeste está demasiado lejos para orientar el camino de la vida terrena. (...) El representante está compelido a decidir sin poder fundarse en un dogma; (...) debe poder actuar en un mundo marcado por el conflicto y el desorden (...) Y debe hacerlo representando la idea en el mundo, objetivándola, aun sabiendo que ello es imposible" (Novaro, 2000, 161,162). Debe crear, entonces, una ficción organizacional que de fundamento al orden político y a su autoridad.

Por el otro, la idea de "colectividad identificante" (Pizzorno, 1985). Las necesidades de los individuos, la satisfacción de las mismas y la valoración de los bienes ponderados

son acontecimientos sociales, que no pueden radicar exclusivamente en la utilidad que un individuo por si solo crea percibir, sino que debe ser reconocible intersubjetivamente (Pizzorno, 1985, 25). Por ende, la evaluación de los propios intereses, y la consiguiente acción política en pos de su demanda, solo es posible colectivamente. Para que ello ocurra, debe existir lo que Pizzorno (1985) llama una “colectividad identificante”. Ésta implica la asunción de un sistema simbólico que funciona para cada uno como marco de percepción de las relaciones políticas y sociales, los actos legítimos o ilegítimos, las conductas apropiadas a los problemas que pueden enfrentar en la vida cotidiana, lo posible y lo no posible, lo que puedo percibir como razonable y lógico y lo que cae dentro de la categoría de irrazonable, etc. Ambas, la ficción organizacional que fundamenta el poder político y la “colectividad identificante”, sin ser la misma cosa, no obstante se corresponden.

La representación posee dos dimensiones, una descendente (del poder ante la sociedad) y otra ascendente (de la sociedad ante el poder). En ambas dimensiones, quienes cumplen la tarea de representar son los partidos políticos. Y en ambos casos, también, se representan ficciones: en la faz descendente, una Idea, un proyecto de orden político, que llamamos antes “ficción organizacional”; se lo “hace presente” ante la sociedad. En la dimensión ascendente, se representan demandas, intereses, expectativas, etc., propias de una determinada identidad colectiva (que opera como colectividad identificante); “hecha presente” ante la instancia de toma de decisiones: el Estado.

La democracia de partidos...

El formato representativo típico de la democracia de partidos se asentaba en un modo de producción industrial que tenía su correlato en una estructura social estable y con una línea divisoria central (en clases) y en una narración cultural acorde, cuyos intereses eran representados “ante el poder” por un determinado partido político, que era la expresión política de tales intereses e identidades. Escenario que contaba con un Estado con fuerte presencia en la vida económica y social, y en referencia al cual los distintos sectores disputaban sus efectos distributivos. Hecho que permite, si bien atravesado con conflictos, mantener cierta unidad del cuerpo social en relación a un centro. Cavarozzi denominó a esto matriz estado-céntrica, matriz donde “la política en sí se organizó primordialmente en torno a las acciones del Estado” (Cavarozzi-Abal Medina, 2002, 11). Este marco permitía la existencia de un vínculo representativo estable, de sólida identificación con alguna de las “familias políticas” predominantes (un bando conservador y otro obrero en las democracias avanzadas; peronismo-no peronismo en Argentina); donde tenía un peso importante el partido político y su programa, mas allá del candidato que llevara en sus boletas.

La representación difícil....

“Coincidente con el fin del largo período de estabilidad y expansión de la posguerra (...) tuvo lugar, especialmente en Europa pero también en otras regiones del mundo, un debilitamiento de la forma política que hasta entonces ordenaba estos mecanismos: la democracia de partidos (...) Esta situación llegó a su clímax a principios de los 90” (Novaro, 1995, 147).

A poco del retorno de la democracia en 1983, Argentina asiste a un profundo proceso de reformas económicas, políticas (Estado y partidos políticos) y sociales. En paralelo, se produce una modificación sustancial en la “colectividad identificante”. En este marco, el vínculo representativo se complejiza, tiende a

hacerse mas personalizado e inmediato, mas circunstancial y repercute en la legitimidad de la ficción organizacional.

Desde mediados de los 70, se da un vuelco en el esquema económico. Se deja atrás el modelo de sustitución de importaciones, predominante desde la década del 40, a favor de un proyecto basado en la exportación de bienes donde el país posee ventajas relativas. Las políticas neoliberales implementadas a partir de los 90 profundizan dicha dirección.

Esta orientación económica lleva consigo, en el plano político, la desestructuración de la matriz estado-céntrica. "Las transformaciones que se experimentan en la política desde los años setenta están claramente ligadas a los cambios en el rol de los Estados (...) los aparatos estatales presentes en el modelo anterior ha ido disminuyendo sus competencias y separándose de la esfera económica" (Abal Medina, 2004, 82). Los Estados dejan de ser el centro que imponía la dinámica social y económica, y hacia el cual se orientaban los pedidos, reclamos, etc. En contrapartida, la lógica que se impone es una lógica mercantil. Por su parte, esto afecta también a los partidos políticos, quienes "Al no poder garantizar políticas públicas específicas, van perdiendo sus referentes sociales (la clase obrera, los católicos, etc.), por lo que se ve obligado a buscar apoyos más amplios e indefinidos (...) Para lograrlo, los partidos reducen su expresión ideológica, flexibilizan sus programas y estandarizan su imagen... (Abal Medina, 2004, 83). Se transforman en "partidos atrapa todo" o "partidos de todo el mundo" (Kirchheimer, 1980)

Este proceso afecta directamente a lo que hemos denominado colectividad identificante, sitio en donde se conforman los intereses, demandas, y la consiguiente acción política en pos de su logro. Es decir, no solo se transforma el Estado (lugar hacia donde se dirige la faz ascendente de la representación), sino que hay una fuerte modificación en la entidad a representar ante el Estado. Una creciente fragmentación y heterogeneización de los intereses hasta entonces agregados y la emergencia de nuevas identidades y demandas no tradicionales ni negociables (de género, minorías sexuales, derechos humanos, ambientales, etc.), generan una complejización, una diversificación de la colectividad identificante. De esta manera, "los intereses sociales se reformulan en una clave cada vez mas individualizada, mientras pierden relevancia los grandes grupos colectivos típicos de la sociedad industrial (Abal Medina, 2004,84-85).

Para evaluar el propio interés en un determinado objetivo es necesaria la existencia de criterios idénticos cuando se evalúen los costos y cuando goce de los beneficios. Esto es posible si los dos momentos, costo y goce, son contemporáneos. De no existir proximidad temporaria, la única manera en que esto sea posible es "que al sujeto calculador se le asegure una *colectividad identificante*", que le brinde la estabilidad de criterios buscada. "El individuo puede percibirse idéntico en el tiempo, sólo si otros lo perciben así. La incertidumbre se anula cuando es compartida" (Pizzorno, 1985, 38).

Esta estabilidad de criterios solo es posible mientras se mantenga constante y sin grandes cambios una colectividad identificante. Es entendible entonces que, si ésta colectividad, se torna inestable, diversa, compleja, donde sea difícil hablar de una sola colectividad, sino mas bien de un conjunto de ellas, los individuos prefieran establecer intercambios o transacciones donde la evaluación de los costos y beneficios sean contemporáneas. Así, la relación representativa se inmediateiza.

Igualmente, va en el mismo sentido la explicación de la personalización. Si la colectividad que brindaba el marco de referencia, la garantía contra la incertidumbre, se torna más lábil, la única garantía certera la constituye la persona del representante. Solo en el voy a depositar mi confianza.

Con estas transformaciones en la colectividad identificante, se hace más difícil discernir que representar. Son muchas cosas al mismo tiempo y contradictorias entre si probablemente. “Éste es el núcleo de la crisis contemporánea de la representación política: por un lado, sociedades que son difícilmente representables; por el otro, organizaciones partidarias incapaces de hacerlo y que generan en los electorados la apatía y el distanciamiento de la política” (Abal Medina, 2004, 89)

Una entidad difícilmente representable, partidos con dificultades para hacerlo, un Estado que ha visto debilitada su capacidad de ser el centro de la organización social y política. Este conjunto de cosas impacta directamente en la metanarración representativa, provocando una pérdida de legitimidad en la misma; “Asistimos a su progresivo debilitamiento como “ficción organizacional efectiva”, (...) En el juego político, los *espectadores-representados* ya no se sienten mas identificados con los *actores-representantes*. (Abal Medina, 2004, 100)

Tabla 1: Porcentajes de participación. Totales nacionales. Elecciones presidente

Año	% Participación	%Ausentismo
1983	85,61	14,39
1985	83,77	16,23
1987	84,59	15,41
1989	85,29	14,71
1991	79,93	20,07
1993	80,33	19,67
1995	82,08	17,92
1997	79,62	20,38
1999	82,29	17,71
2001	77,00	23,00
2003	78,22	21,78

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Dirección Nacional Electoral.

Tabla 2: Volatilidad Electoral

Años / Cargo	Presidente	Diputados Nacionales
85-83		12,85
87-85		18,60
89-87		24,35
89-83	25,17	
91-89		24,00
93-91		10,56
95-93		23,38
95-89	34,97	
97-95		44,98
99-97		

99-95	62,41	22,71
2001-99		33,91

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Dirección Nacional Electoral.
 Para medir volatilidad se utiliza el Índice de Pedersen: esta modalidad consiste en la sumatoria neta de las diferencias de porcentajes de votos obtenidos por los partidos políticos entre una elección y otra, dividido por dos. Mainwaring y Scully (editores) "La construcción de instituciones democráticas. Sistema de partidos en América Latina"; CIEPLAN, Chile, 1996.

Tabla 3: Polarización electoral. Totales Nacionales

Año	Presidente			Diputados Nacionales		
	PJ	UCR	Polarización	PJ	UCR	Polarización
1983	40,16	51,75	91,91	38,47	47,97	86,44
1985				34,60	43,20	77,80
1987				41,46	37,24	78,70
1989	47,49	32,45	79,94	44,68	28,75	73,43
1991				40,22	29,03	69,25
1993				42,46	30,23	72,69
1995	44,90	16,80	61,70	43,00	21,70	64,70
1997				36,36	34,55	70,91
1999	34,85	43,61	78,46	32,33	43,70	76,03
2001				37,40	23,10	60,50
2003						
Fte Victoria (Kirchner)	22,24	2,34	56,13			
Fte Lealtad (Menem)	19,48					
Fte Nac. y Pop.(R. Saa)	12,07					
	53,79					

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Dirección Nacional Electoral.

Tabla 4. Voto partidario. Totales Nacionales

Año	Presidente		Diputados Nacionales	
	PJ	UCR	PJ	UCR
1983	40,16	51,75	38,47	47,97
1985			34,60	43,20
1987			41,46	37,24
1989	47,49	32,45	44,68	28,75
1991			40,22	29,03
1993			42,46	30,23
1995	44,90	16,80	43,00	21,70
1997			36,36	34,55
1999	34,85	43,61	32,33	43,70
sin Frepaso		15,21		23,00
2001			37,40	23,10
sin Frepaso				

2003				
Fte Victoria (Kirchner)	22,24	2,34		
Fte Lealtad (Menem)	19,48			
Fte Nac. y Pop.(R. Saa)	12,07			
Total	53,79			

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Dirección Nacional Electoral.

Notas

ⁱ El desalineamiento electoral implica que la lealtad de los ciudadanos a su partido preferido se desgasta pero no es reemplazada por la lealtad a un rival.

ⁱⁱ Entendemos por volatilidad el cambio neto de votantes entre los partidos de una elección a otra.

ⁱⁱⁱ En las presidenciales de 2003 el panorama es sumamente complejo. La UCR solo obtiene el 2.34% de los votos; en tanto el justicialismo no acuerda un candidato único y concurre dividido en tres listas (ninguna con la boleta del PJ): el Frente por la Lealtad, encabezado por Carlos Menem, el Frente de la Victoria, con Néstor Kirchner y el Movimiento Nacional y Popular con Rodríguez Saa. Estrictamente, aquí la polarización alcanza al 2.34% del radicalismo.

Bibliografía

- Abal Medina, Juan Manuel (h); “¿Crisis o metamorfosis de la representación política? Reflexiones en torno a la hipótesis de Bernard Manin”; Sociedad N° 12-13; Bs.As., 1998.
- Abal Medina, Juan Manuel; “La muerte y la resurrección de la representación política”; FCE; Bs. As., 2004.

-
- Adrogué Gerardo y Armesto Melchor; "Aun Con Vida. Los Partidos Políticos Argentinos En La Década Del Noventa"; Desarrollo Económico N° 160; Enero-Marzo 2001.
 - Cavarozzi, Marcelo, Casullo, Esperanza; "Los partidos políticos en América Latina hoy: ¿Consolidación o crisis?"; en Cavarozzi, Marcelo y Abal Medina (h), Juan Manuel; El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal; Homo Sapiens Ediciones; Rosario, 2002.
 - Cheresky y Blanquer; "De la ilusión reformista al descontento ciudadano. Las elecciones en Argentina, 1999-2001"; Homo Sapiens Ediciones; Rosario, 2003.
 - Garretón, Manuel; "Representatividad y partidos políticos. Los problemas actuales"; en Revista Argentina de Ciencia Política n° 2, diciembre de 1998.
 - Hagopian, Frances; "Democracia y representación política en América Latina en los años noventa: ¿pausa, reorganización o declinación?"; en López, Ernesto y Mainwaring, Scott (comp.); Democracia: discusiones y nuevas aproximaciones; UNQ; Bs. As.; 2000.
 - Kirchheimer, Otto; "El camino hacia el partido de todo el mundo"; en Lenk, Kart y Neumann, Franz (eds), Teoría y sociología críticas de los partidos políticos; Anagrama, Barcelona, 1980.
 - Mair, Peter; "Democracia sin partidos. Aparentes paradojas del nuevo laborismo"; New Left Review N° 3; Madrid, 2000.
 - Malamud, Andrés; "El escenario político se está modificando"; Diario Clarín, 21/09/2002.
 - Manin, Bernard; "Los principios del gobierno representativo"; Alianza Editorial; Madrid; 1998.
 - Miranda, Diego; "Crisis de representación política en la argentina"; Revista SAAP Vol. 1, N° 1, Bs. As, Octubre de 2002.
 - Novaro, Marcos; "El debate contemporáneo sobre la representación política"; en Desarrollo Económico N° 137, Abril-Junio de 1995.
 - Novaro, Marcos; "Representación y Liderazgo en las democracias contemporáneas"; Homo Sapiens; Rosario, 2000.
 - Novaro, Marcos; "Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en la Argentina (1989-1993)"; Ediciones Letra buena; Buenos Aires, 1994.
 - Pitkin, Hanna; "El concepto de representación"; Centro de Estudios Constitucionales; Madrid, 1985.
 - Pizzorno, A.; "La racionalidad de la opción democrática" en Pizzorno y otros; Los límites de la democracia; CLACSO; Bs. As. 1985.
 - Pousadela, Inés M; "¿Crisis o metamorfosis? Aventuras y desventuras de la representación en la Argentina (1983-2003)"; en Documento de Trabajo de FLACSO Área Política, N° 2: Veinte años de Democracia. Ensayos premiados; Bs. As.; Setiembre 2004.
 - Przeworski, Adam; "Democracia y representación"; Ponencia de Clad sobre la Reforma del Estado y la Administración Pública; Venezuela, 15-18 de octubre de 1997.
 - Torre, Juan Carlos; "Los huérfanos de la política de partidos Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria"; Desarrollo Económico, Vol. 42, N° 168 (enero-marzo 2003).